

SOBRE LA MUERTE DE GUSTAVO MADERO

Don Gustavo A. Madero, hermano del ex-Presidente de la República, don Francisco, fué una de las personalidades políticas más discutidas y más rudamente atacadas de su época.

La *oposición* a aquel gobierno, le atribuyó una decidida ingerencia oficiosa en los asuntos del Estado, y todos los actos oficiales, especialmente los de consecuencias desagradables en el ánimo público, le fueron achacados.

Fué blanco de sátiras y de caricaturas sangrientas; y en la campaña emprendida en su contra por la prensa, se distinguió el famoso periodista católico don Trinidad Sánchez Santos, a quien don Gustavo debió el apodo de "Ojo Parado" con que el público le designaba.

La diaria labor periodística en contra de este connotado personaje, labor que tendía a presentarlo ante la opinión con los más negros caracteres, creó para él una animadversión profunda que culminó la noche del 19 de febrero en su fusilamiento a las puertas de la Ciudadela.

El lector encontrará en las páginas que siguen, primero una nota periodística publicada por "El País" al siguiente día del trágico suceso, y después un curioso relato anónimo publicado por "El Radical" al desaparecer el régimen huertista.

El pseudónimo que lo calza, "Licenciado Verdad," corresponde a un testigo accidental de los acontecimientos.

El relato nos ha parecido sincero por la sencillez del estilo, y quizá sea lo más verídico de lo publicado hasta ahora sobre el particular. Nos hemos permitido suprimirle algunos pormenores que no atañen al fondo de la cuestión y que, más bien fueron observaciones del autor al periódico que hizo la publicación y que en esta obra serían inútiles y ociosos.

Las declaraciones del "Licenciado Verdad" fueron sensacionales y motivaron algunas rectificaciones de parte de las personas que en ellas se dieron por aludidas. El escaso valor histórico de esas rectificaciones nos autoriza a omitirlas.

Cómo acabó sus días don Gustavo Madero, uno de los más connotados políticos del gobierno maderista

A la una de la mañana el prisionero fué conducido del Palacio Nacional a la Ciudadela donde fué ejecutado

"Estando en posesión de datos exactos que se relacionan con el fusilamiento de don Gustavo A. Madero, vamos a relatar detalladamente la manera de que tuvo efecto dicha ejecución, que ha producido una honda impresión entre el elemento renovador, del que fué jefe el citado don Gustavo Madero.

Un banquete, el último de su vida

El último martes, a medio día se reunieron en un céntrico restaurant los señores Gustavo A. Madero, generales Agustín Sanginés, José B. Delgado y el Presidente de la Cámara de Diputados, Francisco Romero, que había sido ascendido a general brigadier. La comida se celebraba en honor del general Romero por su ascenso.

Departiendo tranquilamente anfitrión y comensales, charlaban entre sorbo y sorbo de café, en tanto que el tiempo pasaba. Se comentaban los hechos de armas que habían realizado los leales, entre los que se contaba el del general Francisco Romero, consistente en haber dirigido personalmente una serie de disparos con un cañón de setenta y cinco milímetros emplazado en una de las calles Anchas y que pertenecía a la columna de ataque mandada por el brigadier Eduardo M. Cauz.

Señores: están ustedes presos

A la hora del champagne, cuando la alegría de los concurrentes al banquete que hemos mencionado era mayor, se presentó en el restaurant un oficial del ejército que llevaba bajo sus órdenes a varios guardabosques de Chapultepec.

El oficial referido acercándose violentamente a don Gustavo Madero, le dijo: "está usted preso, así como los señores."

Al oír esto el hermano del Presidente de la República intentó sacar su revólver, pero, cinco bocas de fusil maüser apuntaban a su pecho. Viéndose perdido don Gustavo entregó la pistola y se dió preso, así como los demás señores generales.

Eso causó gran asombro entre los parroquianos del restaurant, quienes hubieron de salir violentamente por orden del oficial que mandaba aquella tropa.

Su primer calabozo

Desde luego se procedió a llevar a los reos a un cuarto que hay en el restaurant y que se dedica a guardarropa de los clientes.

Desde la hora en que fueron aprehendidos hasta las once de la noche, allí quedaron presos, teniendo seis centinelas de vista que con las armas preparadas impedían todo intento de fuga.

Se fugó el general Romero

A las once de la noche, cuando se ordenó al oficial de la escolta que sacara a los reos, se notó que faltaba el general Francisco Romero. ¿Cómo logró evadirse el Presidente de la Cámara de Diputados? No hay noticia exacta a este respecto, pero se cree que en los momentos en que se introducían a los demás reos al guardarropa, éste logró deslizarse entre algunos curiosos que presenciaban el acto.

A las puertas de la casa comercial esperaba un auto que estaba rodeado de centenares de rurales. En él fueron colocados los reos y llevados al Palacio Nacional, donde permanecieron en calidad de rigurosa incomunicación, hasta la una de la madrugada, hora en que se dispuso por la superioridad, que don Gustavo A. Madero, fuera internado en la Ciudadela.

Los señores generales Delgado y Sanginés, quedaron en el Palacio Nacional.

Rumbo a la Ciudadela

A la hora antes mencionada don Gustavo Madero abandonó el Palacio Nacional para ser llevado a la Ciudadela. En un automóvil fué colocado el reo, a quien acompañaban varios oficiales del ejército y circundaba el automóvil una poderosa escolta de rurales.

Durante el trayecto del Palacio a la Ciudadela, parte del pueblo que vagaba por las calles, al darse cuenta que iba el prisionero y cuando lo reconoció, aquellos individuos comenzaron a lanzarle improperios y silbidos.

El fusilamiento

No ha llegado a nuestro conocimiento la noticia referente a la autoridad que ordenó la ejecución de don Gustavo Madero.

A las dos de la mañana de ayer miércoles, el prisionero fué sacado del lugar a un costado de la puerta principal de la Ciudadela que ve al norte el edificio.

Allí estaba formado el cuadro por alumnos de la Escuela de Aspirantes, según se nos ha informado.

Estando el reo en el centro del pelotón, uno de los tiradores, debido a un movimiento nervioso, disparó su maüßer cuyo proyectil fué a herir en el pecho al ajusticiado, quien salió del centro del cuadro dando traspies, y en seguida los demás tiradores, descargando sus armas, hirieron de muerte a don Gustavo Madero, quien cayó por tierra para no levantarse más.

Otro maderista ejecutado

El señor Adolfo Bassó, intendente del Palacio Nacional, fué preso y llevado a la Ciudadela, donde se le pasó por las armas.

El señor Bassó murió dando muestras de un valor poco común.

Corren dos rumores acerca de la causa que originó el fusilamiento de este señor. Primero: que fué quien hizo funcionar una ametralladora desde la azotea del Palacio Nacional, cuando el general Reyes iba a tomar ese edificio con algunos alumnos Aspirantes, suponiéndose que las balas disparadas por esa máquina fueron las que privaron de la vida al divisionario Reyes y, segundo: que cuando fué aprehendido el Presidente de la República, señor Madero, el ex-intendente del Palacio intentó disparar su pistola sobre el general Blanquet.

Se pide el cadáver

Una persona allegada a la familia del señor don Gustavo Madero, se presentó ayer a las once de la mañana en la Ciudadela, con objeto de recoger el cadáver de don Gustavo.

La persona a que aludimos llevó un modesto ataúd para conducir el cadáver de la Ciudadela al sitio donde debe ser velado en caso de que la autoridad militar lo conceda. Se nos dice que su señoría el Encargado de Negocios del Japón estuvo en la Ciudadela a hacer una visita al cadáver, pues como recordará el lector, el hermano del Presidente fué designado para dar las gracias en nombre de México al gobierno de Tokio por la misión especial que mandó a las fiestas de nuestro Centenario."

El País, 20 de febrero de 1913.

ALGUNOS DATOS MAS

Un capitán de artillería que estuvo en la Ciudadela y que presenció la ejecución de don Gustavo Madero, ha relatado el hecho a la prensa.

La aprehensión

“Dice el capitán que el aprehensor de don Gustavo fué Luis Fuentes. Como habrán visto nuestros lectores en el relato anterior, no se cita al yerno de Huerta, entre los aprehensores. Sin embargo, creemos que al ‘Lic. Verdad’ se le escapó este detalle, pues por otros testigos, sabemos que sí contribuyó Fuentes en la aprehensión.

El militar que estuvo en la Ciudadela agrega que quien condujo al prisionero a Palacio—por orden directa de Blanquet—fué el entonces capitán primero de artillería Agustín Figueras, hoy brigadier, y no Viruegas como alguien dijo falsamente. De Palacio fué conducido en compañía de Bassó a la Ciudadela, y entregado a los jefes de la revuelta.

La ejecución

Cuenta el capitán que no pudo enterarse de los detalles de la entrega del preso, ni de lo que ocurrió en el interior del edificio, por encontrarse en esos momentos en la plaza en que se encuentra la estatua de Morelos.

Y sigue relatando cómo vió de improviso abrirse la puerta central que está precisamente enfrente del monumento y salir al exterior a don Gustavo que iba entre ocho aspirantes, cuatro de cada lado, mandados por Figueras en persona. No habían caminado sino unos cuantos pasos, cuando el oficial mandó a los alumnos traidores que prepararan las armas. Uno de ellos, tal vez por nerviosidad, disparó su arma antes de recibir la orden correspondiente, yendo la bala a incrustarse en el marco de la puerta por la que salieron. Al oír el disparo, don Gustavo, se dió perfectamente cuenta de todo y corrió hacia la entrada de la Ciudadela con intención manifiesta de penetrar al edificio. Entonces Figueras ordenó que dispararan los aspirantes y el cuerpo del hermano del Presidente se desplomó unos dos pasos antes del dintel.

Inmediatamente después fue arrastrado el cadáver hasta el pie de la estatua para ser inhumado algunas horas después en el jardincillo que está enfrente de la Escuela de Comercio.

Don Gustavo fué pues, muerto a balazos por la espalda y no fusilado en la forma que se ordenó a Figueras. Este oficial recogió de las ropas del cadáver una cartera repleta de billetes.”—(De *El Radical*.)

Testigo accidental

Hé aquí la carta del “Licenciado Verdad”:

México, Julio 31 de 1914.

Señor Director de “El Radical”.

Presente.

En el periódico de su digno cargo y fechado ayer, aparece un párrafo titulado: “La verdad sobre los asesinatos de la noche del 22 de febrero,” en el cual se invita a quienes puedan dar detalles precisos sobre los tristes acontecimientos de esos días, a que los proporcionen para fijar la verdad de lo acaecido. Acudo al llamado de ustedes y si cubro mi nombre con un pseudónimo cogido al azar es por dos motivos: pri-



Grupo tomado en el Restaurant de Chapultepec después de un banquete a don Gustavo Madero.

Aparecen en esta fotografía, los personajes siguientes, que representan interesante papel en esta obra.

Don Gustavo Madero, Lic. José María Pino Suárez, a la izquierda; Lic. Jesús Urueta, a la derecha. Extremo izquierdo de la fotografía, periodista Rafael Martínez (Rip Rip); 2ª fila, 2º lugar de la derecha, señor Adolfo Bassó, Intendente de Palacio, fusilado frente a la ciudadela en compañía de don Gustavo Madero; en el centro y detrás del señor Madero, periodista Heriberto Frías; Salvando una fila, y detrás de este último, Mr. Sommerfield corresponsal de la Prensa Asociada; a la izquierda de éste, Lic. Serapio Rendón.

mero, porque no tomé participación en aquellos acontecimientos sino de una manera accidental como simple comisionado, porque estando ausente de la capital la honorable persona que ocupó mis humildes servicios y no me ha dado su autorización para citar su nombre, si diera el mío, revelaría yo seguramente el de él así como su participación muy directa en esa ocasión. Empero, todo cuanto diga yo, puede comprobarse de tal manera a su simple expresión, que la autenticidad de la firma mía sale sobrando, pues la verdad, y sólo la verdad, es lo que busca "El Radical."

Una carta para don Gustavo

Narraré, pues, todo cuanto me consta: El día 19 de febrero de 1913, a las doce y quince minutos de la tarde, recibí la orden de entregar una carta al señor don Gustavo Madero, quien debía hallarse en el Palacio Nacional. La persona que me la entregó me habilitó de un pase firmado por el general José Delgado, para circular libremente por entre las líneas federales, extendido a nombre (que no era el mío) y extendido con fecha 16 del mismo febrero y el cual pase había sido sin duda alguna usado ya en esos días, pues así lo revelaban las manchas de uso y las arrugas del papel. No obstante que muchas personas también provistas de pases semejantes, eran detenidas en el cubo del zahuán de la puerta de enmedio del Palacio Nacional por algunos oficiales de la guardia de prevención y aun por el mismo general Blanquet que, de riguroso uniforme, se hallaba ahí rodeado de varios oficiales y civiles, a mí me bastó enseñar mi pase al señor teniente coronel Víctor Corral—ayudante en aquel entonces del general Huerta—para franquear la entrada y llegar hasta el elevador de la Presidencia de la República. Ahí los centinelas del 29 me impidieron la entrada, pero como, llegara en esos momentos el señor capitán Federico Montes, ayudante del Presidente Madero, a quien dije que llevaba recado urgentísimo para don Gustavo Madero, no sólo me concedió el acceso al elevador, sino que personalmente me condujo hasta uno de los salones de la Presidencia, donde ví varios grupos de personas y en uno de ellos, estacionado delante de uno de los balcones que miran al Occidente, descubrí al señor don Gustavo Madero, quien platicaba precisamente con la persona a cuyo servicio estaba yo en aquel entonces como dependiente.

Invitación amistosa

Mi jefe al verme llegar dijo a don Gustavo Madero: "Vamos, aquí tiene usted la confirmación. Lea esa carta y vámonos en seguida." Don Gustavo, cuyas relaciones sociales conmigo eran las de un amigo íntimo

de mi principal con un simple dependiente, pero que sin embargo me dispensaba cariñosa confianza, golpeándome en el hombro me dijo: "Paisano, ustedes me cuidan como a un niño." Leyó la carta, habló con mi jefe y pidiendo permiso a las personas que lo rodeaban, salió con nosotros de aquel salón; atravesamos otros salones, tomamos el elevador y bajamos para salir a la calle; pero al llegar al patio de Palacio, salieron de la Intendencia los señores Sánchez Azcona, Urueta y Bassó, deteniendo al señor don Gustavo para enseñarle,—según oí—una cartera con papeles de un señor Saldívar, noticiarle la aprehensión de un chauffeur, creo del señor Limantour, darle algunas otras importantes noticias de última hora, etc. Mi jefe, revelando una impaciencia febril, jalaba del brazo a don Gustavo, instándole para que nos fuéramos y aun rechazando las copas de cognac que el señor Bassó nos ofrecía, servidas en una charola por uno de los criados de la intendencia.

Otra invitación

Por fin pudimos separarnos de estos señores y ya íbamos a partir, cuando nuevamente un grupo formado por los generales Huerta, Yarza, Delgado, teniente coronel Joaquín Mass y Enrique Cepeda y otros que no conozco, salió al encuentro de don Gustavo Madero, invitándolo con tenacidad para que se fuera a comer con ellos al Gambrinus, donde—agregó Cepeda—habían mandado preparar una comida, porque ya les cansaba malcomer tantos días en la Comandancia Militar. Mi principal no pudo dominar su impaciencia y aun quebrantando toda regla de educación dijo a esos señores: "No insten, señores, porque don Gustavo va a un asunto urgentísimo y lo perjudican gravemente si lo detienen;" pero la instancia del general Huerta fué tan pesada que, casi abrazándolo, se lo llevó hasta un automóvil amarillo "Protos" que aguardaba a unos cuantos pasos.

"¡Pues cónstele que hace usted el mayor disparate de su vida!"

Como insistieran también en que fuera mi principal con ellos, éste con toda brusquedad, les extendió su mano de despedida y dijo a don Gustavo áspicamente: "Decididamente se niega usted a ir conmigo." "¡Pues cónstele que hace usted el mayor disparate de su vida!" y casi sin oír los adioses de los señores, partimos mi patrón y yo a pie y en el auto amarillo los señores general Huerta a la izquierda, don Gustavo Madero en el centro, general Delgado a su derecha, general Yarza y Enrique Cepeda en los dos asientos delanteros y teniente coronel Joaquín Mass junto al chauffeur. Al cruzar la puerta de enmedio, mi principal emocionado, hasta parecer delirante, me dijo:—"Vete a Gambri-

nus en el acto y no pierdas de vista a don Gustavo, hasta que no llegue ahí"—y torció a la izquierda siguiendo a pie por la banquetta del Palacio.

"Atiendan ustedes a don Gustavo; yo no tardo"

Llegué a Gambrinus y con sorpresa y susto tuve que aguardar como diez minutos que tardaron en llegar dichos señores. Cuando entré al restaurant no había más mesa ocupada que la del entonces capitán segundo Manuel Revilla y Brockmann vestido de paisano, quien se lamentaba con el mesero de que no hubiera un buen caldo de pollo, porque él no podía comer otra cosa por su mal de estómago; ocupé la mesa de enfrente y al bajar los tripulantes del auto, el entonces teniente coronel Joaquín Maass, que entró el primero, al ver a Revilla lo abrazó y separándose de sus jefes se juntó a comer con él. Los generales citados y don Gustavo se dirigían al interior, arriba, para ocupar la mesa ya preparada, cuando el hoy general García Hidalgo, entró precipitadamente, alcanzólos y habló a los oídos al general Huerta y a Enrique Cepeda; el general deteniéndose bruscamente, dijo a los que lo acompañaban: "Perdónenme, tengo que ver la columna de Rivera que he mandado avanzar desde San Lázaro; coman ustedes que ya vuelvo," y como sus acompañantes insistieran en acompañarlo, éste se opuso, diciendo a los generales Yarza y Delgado: "No, señores, atiendan ustedes a don Gustavo, yo no tardo," y tomando a un mesero de los hombros, le dijo familiarmente: "Anda, ven a servir aprisita a estos caballeros; luego, luego," y se salió con García Hidalgo y Cepeda solamente, diciendo a su paso al teniente coronel Maass, que se levantó de su asiento para recibir sus órdenes: "No te muevas, Cepedita me acompaña."

La aprehensión

Comenzaron a comer aquellos generales y don Gustavo; continuamos comiendo Revilla, Maass y yo (cada grupo en sus respectivas mesas) y momentos después se levantaron Revilla y Maass y salieron del Gambrinus. Yo, comiendo primero y caminando en los corredores después, permanecí ahí como hora y media, cuando como a las tres y quince minutos de la tarde veo llegar a Revilla al mando de unos ocho guardias de los de Chapultepec con carabinas terciadas, apostando dos de ellos en la puerta de San Francisco, subiendo por el interior del restaurant con los demás por el lado de atrás de las escaleras, hasta llegar por la puerta del guarda-ropa a la mesa donde comían don Gustavo y sus amigos. Dos o tres meseros, un señor Cárdenas, de Coahuila, el dueño

del restaurant y yo, los seguimos por el otro lado, llegando justamente en el instante en que el entonces capitán Revilla, pistola en mano, gritaba a los comensales: "Arriba las manos; déense presos," y los guardias de Chapultepec les tendían sus carabinas casi tocando sus cabezas. Ví claramente todo con todo detalle y ahorita mismo que estoy escribiéndolo, revive hasta hacerse palpitante todo aquel cuadro: don Gustavo se levantaba de su silla alelado, dejando caer de sus manos uno de los cigarrillos de hoja de maíz que retorció y que gastaba siempre, el general Delgado, queriendo bajar las manos, pronunciaba palabras confusas; el general Yarza, ya de pie, buscaba tranquilamente y sin manifestar la menor sorpresa el kepí que pendía de un perchero, el capitán Revilla pedía a los meseros "una reata para amarrar a este bribón;" dos meseros arrancaban los cordones gruesos de una de las cortinas del gabinete, y ellos y tres guardias y el mismo Revilla, sujetaban los brazos de don Gustavo al pecho, cruzando los cordones por la espalda y después, casi a empujones, metían a éste y al general Delgado al guarda-ropa que está inmediato y apostaban centinelas en cada una de las dos puertas de ese sitio.

A la calle

El general Yarza se deslizaba tranquilamente por los corredores y yo, siguiendo sus pasos, bajamos juntos la escalera y mientras él se detenía en el umbral de la salida de San Francisco hablando con algunos oficiales que en esos momentos llegaban a toda prisa, a caballo unos y a pie otros, pude marcharme libremente a la calle. Ya el rumor de la aprehensión debía haberse exteriorizado, pues el momentos antes desierto restaurant y la momentos antes desierta calle, se poblaban casi como romería.

Intentos de salvación

A pocos pasos encontré al chauffeur del auto que me había conducido a Palacio y a Gambrinus, quien todo asustado se acercó a decirme: que había escondido el auto en donde estaba un amigo, pero que ya había avisado a mi principal de lo que ocurría y que lo alcanzara yo, porque se iba a la casa del señor Braniff. Como a la mitad de la alameda alcancé a mi patrón y juntos llegamos al escondite donde habían estado en esos días los hermanos Braniff. Por fin entró mi principal a aquel lugar, y con toda excitación exigió a los tres señores hermanos Braniff que "salieran inmediatamente a salvar a don Gustavo para corresponder a la generosidad que éste había tenido con ellos, pues que no obstante saber que estaban complicados en lo de la Ciudadela y

saber dónde estaban escondidos, les había salvado la vida con su gran corazón.”

Yo no pude oír toda la conversación, pues me quedé en la puerta por orden de mi jefe y hasta poco rato después salió éste solo, trastornado como un loco, repitiendo nada más la palabra “canallas, ingratos,” y dándome un recado escrito para el señor Llamosa, a quien debía buscar por todas partes.

Gestión inútil

Más de dos horas emplee en buscar a este señor, hasta que por fin lo ví en el Gambrinus hablando con el oficial que custodiaba el edificio, a quien recomendaba que no dejara escapar a don Gustavo. Traté de hablarle, pero tomando el papel escrito que yo le llevaba, sin darme respuesta, se metió al restaurant a donde ya no permitía la tropa que entráramos los demás.

Eran ya las ocho de la noche y prescindiendo de obtener respuesta del señor Llamosa, marchábame a dar cuenta de mi inútil gestión, cuando ví subir rápidamente a un automóvil al señor Braniff con el general Manuel Mondragón y otros señores desconocidos, y aun cuando le alcancé y comencé a decirle lo que acontecía, este señor, apartándose de su lado, casi empujándome, me dejó con la palabra en la boca, partiendo rápidamente y gritando al chauffeur: “Por el Campo Florido.”

Cuando llegué a la casa de mi principal no estaba en ella, y como ví gente sospechosa atisbando la casa, y como era público que este señor era el íntimo amigo de don Gustavo Madero, temiendo un atropello, opté por quedarme al cuidado de la casa.

Una visita misteriosa

Permanecía yo estacionado frente a la casa de mi principal, atento a la pareja de sospechosos que parecía también vigilar la casa, cuando ví llegar al señor don Celso Acosta acompañado de don Luis Barragán, quien, haciendo señas a dicha pareja, retrocedieron dirigiéndose a la casa de don Gustavo Madero, sita en la calle de Londres; yo iba siguiéndolos cautelosamente y pude presenciar que el señor Acosta se quedó como oculto entre los árboles cerca de la entrada, y que Barragán y la pareja citada entraron a la casa de don Gustavo y como un cuarto de hora después salieron todos cargados de bultos grandes y chicos, que metieron en un automóvil que los esperaba a pocos pasos; volvieron a entrar a la casa, volvieron a sacar más bultos, y por fin se subieron al automóvil y se fueron, siguiendo al Sur de la calle de Londres.

Diálogos interesantes

Yo volví a casa de mi principal, quien en esos momentos llegaba acompañado de un hermano suyo; les dí cuenta de todo lo que había acontecido desde que nos separamos y me dió de nuevo la orden de ir a esperarlo a la casa del señor Tomás Braniff, sita en la Ribera de San Cosme, a donde me encaminé a pie. Al llegar, ví seis u ocho automóviles y coches que esperaban a la puerta, y varias, o mejor dicho, muchas personas que entraban a la casa, la que, a pesar de tener entornado el zaguán, parecía estar de fiesta. Mezclado yo entre los chaufferes, cocheros y criados que aguardaban, ví entrar esas personas, algunas de las cuales me eran desconocidas, y escuché diálogos y comentarios diversos. Recuerdo con toda exactitud que oí al señor de la Hoz—llegando al zaguán—preguntar a otros que hacían lo mismo: “¿Para qué nos citan aquí, saben ustedes?”, y asimismo escuché al señor Salinas y Delgado contestar: “Pues para nombrar al Presidente interino.” “¿Quién va a presidir la reunión, si el Coronel Romero parece que está preso?” preguntó un señor de aspecto muy indígena, que entiendo se llamaba Maldonado. El mismo Salinas y Delgado contestó: “No, qué preso: aquí debe estar ya, porque Tomás Braniff fué a traerlo.” Alguna persona asentó: “Sí, aquí está escondido, porque le tenía ganas el general Mondragón.”

Estas personas entraban y llegaban otras y escuchaba yo más y más comentarios. Cito por su importancia histórica el siguiente que oí entre el señor Licenciado Escudero y el señor Luna y Parra:

Braniff, Presidente de la República

Escudero.—¿Pero cómo sabe usted que Braniff será el Presidente?

Luna y Parra.—Porque él mismo acaba de decírmelo. El General Mondragón y Félix Díaz, por zanjar las diferencias con Huerta y Blanquet, se lo propusieron al Embajador americano, justamente para que sea un civil, y ya don Tomás Braniff tiene aquí apergollado al Presidente de la Cámara, que hará lo que nosotros resolvamos ahora.

Escudero.—Eso no puede ser de ninguna manera, compañero. (Contestó el señor Escudero con una expresión de extrañeza y de disgusto muy marcados). Sin la renuncia del Presidente y del Vicepresidente, el Congreso nada puede decidir, a no ser la aprehensión inmediata del que aprehendió al Presidente y al Vicepresidente. La cuestión es que el ejército traiciona y no nos obedecerá a nosotros, sino a ellos. ¡Qué vergüenza, compañero! Y ambos señores entraron al zaguán.

Entre diputados y aurigas

Como el tiempo pasaba y mi principal no parecía, yo no acertaba qué hacer. Resolví entrar también, para hablar personalmente con don Tomás Braniff, disculpando la grosería con que me había rechazado antes, por creerla hija de las preocupaciones del caso, y pensando que si él iba a ser el Presidente podía fácilmente salvar a don Gustavo Madero, como éste lo había salvado a él, entré al patio donde un criado me indicó la pieza en que se reunían los diputados; pero como yo no lo era y temí un desaire, subí paso a paso la escalera y me coloqué entre un grupo del corredor, haciendo yo de papa-moscas entre todos esos señores, cuando ví que el señor Toribio Esquivel Obregón se separaba de un grupo y salía al encuentro de Lebrija, (no sé su nombre de pila, pero es el que casó con la tiple Saavedra) y en un ángulo del corredor le daba un abrazo diciéndole: "Ya todo está arreglado con don Oscar, y el general Mondragón lo aceptó a usted con mucho gusto." Y ambos siguieron platicando sin que yo pudiera oír bien, porque se paseaban por el corredor, y como los otros grupos se dirigían al salón de reunión y yo me quedaba solo y don Tomás no salía, tuve que volverme al zaguán a esperar a mi patrón, y ahí seguí departiendo con los aurigas y los demás.

Una esperanza

Como media hora después, ví que don Tomás Braniff, don Querido Moheno, el licenciado Malo y Juvera y otros dos, montaban en un auto y salían rápidamente y yo me fuí a pie haciendo tiempo rumbo al centro, seguro de descubrir a mi principal si venía para San Cosme. En las calles ya había multitudes y me enteré de que a don Gustavo lo acababan de sacar de Gambrinus para llevarlo al palacio Nacional; corrí hasta romperme los pies, pero al llegar por Plateros, la gente regresaba de Palacio comentando la sacada de don Gustavo, con insultos soeces y blasfemias y gritos de que "se van a echar a Ojo Parado, etc., etc." Yo sufría lo indecible con todo aquel rumor tumultuoso; pero alentaba la esperanza de que Braniff y Moheno y los que habían salido tan aprisa iban a salvarlo y pedía a Dios que llegaran a tiempo. ¡Vana esperanza! No había caminado dos calles, cuando de nuevo se agrupó la gente, se forman olas, retroceden las multitudes que iban a Palacio, y tres automóviles primero y luego dos más, pasan por San Francisco rumbo a la Ciudadela. El auto amarillo "Protos" que en la mañana llevó a Gambrinus a don Gustavo, lo llevaba ahora al sacrificio; yo no pude verlo personalmente, pero algunas gentes sí lo señalaban diciendo distinguirlo, no obstante lo rápido de la marcha. Lo que sí ví perfecta-

mente, a conciencia,—y así lo sostendré con el juez cuando me caree con ellos,—que en dos de los autos, los últimos que ya iban llenos de militares, brincaban al estribo y se colgaban, varios jóvenes de la *jeunesse dorée*, que acudían como si fueran "a los toros;" entre ellos, el que le dicen "el gallo Sicilia," Pliego Villalba, Creel y otros.

Ante la injusticia

¡Cómo se apega uno a lo que desea, señor Director! ¡Qué fecunda es la esperanza a pesar de sus constantes burlas! Yo, en medio de la indignación que me ahogaba al contemplar aquel desbordamiento de odios, seguramente gratuitos, y aquel afán cruel de escarnecer a un hombre como nosotros, con cuerpo y alma, y acaso cuyo metal de voz ni conocían y a quien de seguro hubieran querido mucho si lo hubieran tratado, yo, sentía en mi alma cierto secreto goce pensando que, puesto que todavía no habían fusilado a don Gustavo como decían que iban a hacerlo en Palacio y todavía lo andaban llevando hasta la Ciudadela, habría tiempo de sobra para que llegaran los salvadores a interesarse por él. No, de seguro—me decía mi deseo—lo mandan para que cada una de las partes contendientes, esto es, los traidores de Palacio y los del cuartelazo de la Ciudadela, estén en iguales condiciones para tratar; aquéllos con el Presidente y su Gabinete, y éstos con don Gustavo y quién sabe cuántos más políticos....

Un grupo regocijado

En la esquina de San Francisco ví a un grupo y conocí al señor de la Barra (Luis creo se llama), a su hermano Bernabé, que hablaban acaloradamente con un militar y con otras personas, y neto y claro oí la siguiente frase: "Ya nos entregó Huerta a "Ojo Parado" y a Bassó; hay que exigir ahora que seamos nosotros los que custodiamos a Madero; porque en cuanto a Pino Suárez, creo que nos lo entregará si el General Mondragón insiste con energía." Sostengo y sostendré que aquel grupo manifestaba regocijo y deduzco hasta el convencimiento que todo aquel grupo, tanto los oficiales como los hermanos de la Barra y los otros, todos eran verdaderos felicistas."

LIC. VERDAD.